Un trozo de vida

Rafael Botero

Un trozo de vida

Rafael Botero

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2023
©Rafael Botero 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19970-12-1
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL:M-29050-2023

Para Julia, Susana y toda la familia

Esa noche las guitarras sonaban con altos tonos. Allí, acomodados en las escalas de la entrada del edificio se encontraban seis jóvenes. El que tocaba la guitarra puntera cerraba un momento los ojos y se concentraba en la melodía para no desafinar, el de la guitarra acompañante miraba las cuerdas y movía su cabeza adelante y atrás, se veía aletargado, los otros los miraban, luego sus ojos iban a la gente y los carros que pasaban. Se sentían conectados por la improvisada música que recorría sus mentes y cuerpos.

Luego de varios minutos Manuel paró de tocar y al momento Marcos dejó de rasgar las cuerdas. Entonces Manuel dijo:

—Muchachos, necesito combustible…

Ignacio extrajo de su chaqueta un pequeño papel al que llamaban «cuero» y pidió a Óscar el amasijo de yerba que luego desmenuzaba en la palma de su mano con habilidad, regó y distribuyó la picadura en el «cuero» y con sus labios mojó uno de los lados del papel,

procedió a envolver la yerba con el mismo haciendo un pequeño cigarrillo que encendió y de inmediato un aroma dulzón y penetrante impregnó el espacio. Dio tres aspiraciones consecutivas y luego tosió pasando el cigarro a Manuel que de igual manera aspiraba el humo que retenían sus pulmones un buen rato, ya era Óscar quien aspiraba para luego hacerlo Jaime, Marcos y por último Ricardo.

—Está buena, es fuerte, se siente… —dijo Manuel.

—Sí —asintió Ignacio—, es que parece punto rojo, siempre tenía semillas.

Manuel sacó una cajetilla de su bolsillo y extrajo un Lucky Strike, se trataba de pasar la sensación que producía en la garganta la yerba. El cigarro rotó de nuevo.

—No hay nada como el Lucky —dijo Ignacio—, es el cigarro más fuerte.

—Sí, es el mejor —convino Óscar—, es que el Kool es muy mentolado, a mí no me gusta, claro que el Mapleton que tiene el mejor aroma no se consigue…

Los ojos de Marcos se ponían aún más rojos; Ricardo experimentaba mucha placidez. Manuel sacó de su bolsillo un pequeño envase con gotas oftálmicas llamadas Visina y se instiló dos gotas en cada ojo, pasó el envase y todos se iban colocando las gotas; la yerba

siempre producía ese efecto del enrojecimiento de los ojos, era una señal que había que eliminar para evitar preguntas de sus familiares y un eventual control de la Policía, aunque nunca habían tenido alguna dificultad.

No hacían escándalos, las guitarras sonaban agradablemente; saludaban y daban el paso cortésmente a los habitantes del edificio, no armaban alboroto ni peleas, eran educados y mantenían limpias las escalas. Si piropeaban a alguna chica lo hacían con decencia, nunca con obscenidad.

Eran un peculiar grupo de amigos que se reunía con regularidad en aquel espacio donde se relajaban, se relacionaban en torno a la yerba, la música, los sueños y la realidad de su diario vivir. Tenían caracteres muy diferentes. Manuel era reservado, serio, de una alegría tranquila, con el pensamiento fijo en el retorno a EE. UU.; Ignacio hablaba más de la cuenta, chocaba con algunos, a excepción de Manuel, su referente y amigo. Óscar con sus excentricidades y agudezas; Jaime expresándose a veces como un niño ingenuo; Ricardo lleno de preguntas e inquietudes; Marcos ensimismado.

Podía ser que tocaran la guitarra, escucharan la radio o permanecieran en silencio. Otras veces los diálogos se iniciaban.

—Allá las mujeres son espectaculares, unos cuerpazos, son unas monas hermosas, pude tener amistad

con algunas —decía Manuel—. Una de ellas se enamoró de la camisa que llevaba el día que la conocí, era de una tela muy brillante con muchas flores, a los días que nos vimos se decepcionó porque yo no llevaba la misma camisa y su entusiasmo desapareció. Yo manejaba algo de dinero, pero es que allá, así como se gana se gasta y para salir con una chica hay que tener respaldo. Al final yo estaba cansado de esos oficios, de ser mesero o aseador, ya mis primos me escriben y dicen que tienen unos camiones en que recorren varios estados, que yo podría conducir uno de ellos… Hoy no dejo de soñar con volver allí y ganar un buen billete, esto aquí es un moridero, no hay futuro.

—Ay, mi hermano, qué bacanería, ese es un sueño maravilloso —asintió Jaime—, verse uno en EE. UU. conociendo, aprendiendo el idioma, saliendo con esas monas. Seguro que sí nos vamos, llegará el día, ¡seguro que sí!

—Cuando yo termine la carrera saco la visa y me voy para allá —aseguró Ignacio—, es el país más potente y desarrollado, ese sí que es un ambiente bien chévere, llegará la hora. Todo lo que nos cuenta Manuel motiva a luchar por ese espléndido sueño.

Los padres de Manuel como muchos otros venían del campo. Originarios del suroeste antioqueño al igual

que tantos llegaron a la urbe paisa en busca de mejores horizontes. La vida en el campo no les posibilitaba alcanzar algunos sueños que aún difusos cruzaban por sus mentes. Querían experimentar la vida en la ciudad, a sus mentes llegaban las imágenes del progreso, de las calles y avenidas, de las luces nocturnas, de los tranvías y los buses, de las heladerías y los grandes parques. Sabían también que había más posibilidades para educar a sus hijos que en la escuela de la vereda o en el liceo del municipio. Su ambición se concentraba en la consecución de una amplia vivienda, bien situada, así para ello fuera menester vender sus tierras, la casa que poseían en el pueblo.

Como buen comerciante que era, don Jorge esperaba concretar un negocio que le permitiese obtener los ingresos indispensables para mantener a su familia. El éxodo del campo a la ciudad fue un fenómeno generalizado en aquellas décadas, que se agudizó cuando irrumpió el llamado fenómeno de La Violencia que expulsó gran cantidad de campesinos, de propietarios rurales, de habitantes de veredas y pueblos. Consiguieron asentarse en céntrico punto de la ciudad, en una casa grande situada en una esquina junto a un gran colegio de religiosas. En su momento fue una casa de respetable presencia, sus paredes limpias, la uniforme pintura azul en dos tonos cubriéndolas, varias grandes ventanas de

madera que daban a la calle y a la carrera, una entrada amplia cubierta con una reja adornada con figuras hechas de hierro que permanecía cerrada, la que sólo se abría cuando sonaba el timbre y se asomaban para ver quién llamaba. Al interior cuatro piezas grandes con pisos de madera, unos altos techos que dejaban ver las vigas en listones que surcaban el espacio de lado a lado, una sala, dos grandes baños, cocina y dos patios.

Don Jorge y doña Herminia eran la cabeza de aquel hogar en que nacieron seis hijos. Don Jorge, luego de finiquitar el negocio de la casa, invirtió otra parte de la venta de sus bienes en la compra de una tienda de abarrotes y mercancías varias, en el sector de Guayaquil, donde ofrecía gran cantidad de mercancías, desde los aperos para las bestias de montar, peinillas y machetes, hasta tornillos y pequeños motores; hacía gala de su condición de paisa rebuscador. Con este negocio pudo solventar la crianza de sus hijos y las necesidades del hogar al que se sumaba la hermana de su esposa: doña Maruja que siempre vivió con ellos y nunca se casó.

Ya Don Jorge era una persona de avanzada edad, los años se evidenciaban en un cuerpo delgado, un rostro enjuto surcado por múltiples arrugas, un escaso cabello de color blanco, espesas cejas, nariz recta y ojos vivaces. Doña Herminia conservaba aun rastros de belleza pese al paso de los años, mostraba un dulce

rostro que se iluminaba con su sonrisa, también sus cabellos habían encanecido y las arrugas surcaban su piel. Llevaban cincuenta años de matrimonio, los dos hijos mayores consiguieron viajar a los Estados Unidos y se conectaron con unos primos que allí vivían, las dos hermanas se casaron y se establecieron en otros barrios de la ciudad, los menores eran Aníbal y Manuel tenían veinte y dieciséis años respectivamente. También querían viajar a conquistar el «sueño americano».

Aníbal viajó donde sus hermanos y consiguió la ciudadanía al casarse con una gringa, pero al poco tiempo decidió enlistarse en el ejército siendo movilizado a Vietnam en los años más cruentos de la guerra. Manuel esperaba su oportunidad para viajar, en tanto, se relacionaba con los jóvenes de casas cercanas, se aburría de la monotonía de sus encuentros y de la escasa coincidencia de sus intereses y aspiraciones, ya que algunos eran hijos de finqueros que poseían grandes extensiones de tierra y ganado, aspiraban a suceder a sus padres en estos emporios, otros eran de hogares más modestos, alumnos aplicados que apostaban a terminar una carrera para ejercer una profesión y vivir de la misma.

Manuel era un muchacho callado, serio, apuesto, alto y fornido. Su rostro era agradable, se había dejado

crecer el cabello a tono con la época, gustaba de la música moderna, en especial del rock, tocaba la guitarra con cierta virtuosidad, era un mal estudiante, un joven amante de la buena vida, exitoso con las muchachas en las que despertaba anhelos y ensueños. Ya el ingreso a los Estados Unidos empezaba complicarse y los controles sobre las personas que allí llegaban eran mayores. El fenómeno del narcotráfico empezaba a expandirse e incidía de manera significativa en la sociedad, el consumo de marihuana se disparaba y por ende el de su comercio. Colombia era el gran proveedor.

Consiguió viajar con una visa de turista que tenía el límite de varios meses, la idea era permanecer allí después de que se venciera, trabajar, ahorrar algunos dólares y buscar por qué medio podría legalizar su situación. Sucedió entonces lo esperado o lo inesperado: su hermano murió en Vietnam, sus restos fueron repatriados y su esposa recibió la pensión, además le fueron entregados todos los documentos de identidad de él. Allí se presentó la oportunidad para Manuel: una tarjeta llamada Green Card podría permitirle identificarse por un buen tiempo. La similitud física de ambos lo posibilitaba, era una solución temporal, pero al menos le garantizaba poder emplearse e identificarse ante las autoridades. Así transcurrieron varios años. Manuel

trabajaba en bares y restaurantes, ganaba dólares y asimismo los gastaba en fiestas y salidas con mujeres y amigos, conoció la marihuana y algunas pastas, experimentó con ellas y le gustó, hallaba placer en tocar la guitarra, escuchar música y bailar bajo los efectos del cannabis. Se sentía satisfecho de vivir de esta manera, anhelaba poder tener unos buenos ingresos y no tener que matarse trabajando, comparaba su estadía allí y la gris existencia en su ciudad. No tenía duda alguna de que su destino estaba en aquel gran país que rebosaba de riqueza, mujeres, diversión, adelantos tecnológicos, un nivel de vida superior a su país nativo y subdesarrollado.

Pasó de esta manera varios años en los Estados Unidos, una vida con algún ajetreo laboral, con mucha diversión, expectante a todo lo que ofrecía aquella sociedad opulenta, asombrosa, donde el progreso y las innovaciones eran pan de cada día. Los controles hacia los inmigrantes eran cada vez más severos y en uno de tantos la cobertura de Manuel con su tarjeta no resistió, fue deportado junto con muchos otros y de nuevo se vio en su tierra natal. Había llegado ya con mayor edad, más fornido y con un encanto superior con las chicas que le examinaban como un novedoso producto, con el aroma del país del norte. Se sentía apesadumbrado,

regresar de nuevo a este país, a esta ciudad que poco podían ofrecerle.

Cambiar su ritmo de vida, estar en otro entorno limitado, parroquiano, conservador no se armonizaba con sus sueños y aspiraciones. Sabía que debía adaptarse, así fuese temporalmente, a esas nuevas condiciones, a la espera de que soplasen nuevos vientos que le llevaran de nuevo hacia ese maravilloso norte que seguía fijado en su mente como el mayor referente.

De momento no pensaba en que hubiera que estudiar o trabajar, había reunido algún dinero que le permitía sufragar sus gastos personales y dar alguna colaboración en la casa, ayudaba a su padre en algunos menesteres de mantenimiento del hogar y hacía gestiones a sus hermanas que le correspondían con dinero. Tiempo después regresó al hogar uno de sus hermanos mayores, Fernando, quien con parte de lo ahorrado abrió un almacén de ropa importada en el centro de la ciudad. Manuel laboró allí algunos días, pero se aburrió del oficio de vendedor que le sujetaba todo el día; aun así, Fernando le ayudaba regularmente, sentía un gran afecto por ese hermano menor, un poco díscolo y tranquilo, un buenavida, pero un hermano encantador.

Las aventuras románticas de Manuel eran constantes, en su recorrido por las calles del barrio junto con los viejos amigos de infancia conocía jovencitas que

con rapidez se prendaban de él y se ilusionaban con establecer una relación seria, que despertarse la envidia de las amigas y conocidas. Pero hubo una excepción y esa se llamó Norma. Un día Manuel y sus amigos vieron pasar a una muchacha que tenía dieciséis o diecisiete años, no era muy alta, tenía un bello rostro en el que se destacaban unos ojos celestes, hermosa nariz y boca, un cuerpo bien proporcionado, «troza» dirían las abuelas. Los piropos no dejaron de escucharse y Norma esbozó una sonrisa que fue el aliciente para que Manuel se adelantase y le propusiera acompañarla al colegio.

Ese día empezó el romance de Manuel y Norma que tuvo que enfrentar muchas dificultades, porque el padre de Norma pretendía controlar los movimientos de sus hijas y en particular de Norma que había sufrido un accidente con otras amigas cuando fueron invitadas a dar un paseo en carro en las afueras de la ciudad, el vehículo se volcó y allí murió una de ellas. Norma salió ilesa, pero ello incrementó el celo de su padre, el seguimiento a sus movimientos que tenía que ser burlado con la complicidad de sus hermanas. Los lazos que se fueron forjando entre Manuel y Norma se robustecían en cada cita clandestina, en cada llamada intermediada, porque no podían comunicarse directamente. Era un sentimiento mutuo y Manuel ya no

apostaba por establecer otras relaciones. El amor de Norma le bastaba.

Vivía tranquilamente, sin afanes, se levantaba tarde y luego salía a la heladería que había la vuelta de su casa y tomaba un buen tinto que le servía don Claudio, el propietario. Por lo regular llegaba Ignacio, viejo amigo con quien compartía sus anhelos, esa aspiración de volver al país del norte al que ambos veneraban.

La historia de Ignacio también era singular. Hacía varios años que habitaba con su padre una casa situada a media cuadra de la de Manuel por la empinada carrera que iba hacia el oriente de la ciudad. Sus padres se habían separado cuando él aún era niño. Eran cuatro hermanos que en el momento de darse el rompimiento del matrimonio fueron repartidos de curiosa manera, sin él pedirlo se decidió con diferentes presiones que Ignacio iría a vivir con su padre, mientras sus dos hermanas y Germán su hermano, mayor por dos años, se quedarían con su madre. La casa donde quedaron ella y sus hermanos era una vivienda moderna, bien situada, al otro lado del río, en uno de los barrios más residenciales para esos años. En contraste, la casa donde él vivía con su padre tenía una fea fachada, era oscura, con una galería al lado de la cual se hallaban dos piezas igualmente sombrías donde se alojaban padre e hijo,

otra pieza más donde vivía la señora del servicio y su pequeño hijo.

Ignacio nunca pudo aceptar esa decisión que le obligó a convivir con su padre, siempre albergó resentimiento hacia él, su madre y sus hermanos por el rol que le impusieron en la separación. Su padre era médico, una extraña persona que vivía algo enclaustrada y amargada. Luego de su graduación y de prestar el año rural no se preocupó por actualizar sus conocimientos, era un galeno chapado a la antigua, tenía un consultorio al que llegaban algunos pacientes, también él evidenciaba la frustración de la separación. Su vida se reducía a la estancia en su casa y los ratos en que abría su consultorio. Hombre ya entrado en años, de figura desgarbada, escaso cabello cubría su cabeza. Unos lentes enormes de los que llamaban de «culo de botella» cubrían sus ojos.

Las relaciones de padre e hijo eran tensas por momentos, carentes de afecto, así el padre le llamara «Ignacito». La comunicación entre ambos era la básica. Ignacio tenía la idea de que su padre y la señora del servicio tenían una relación sexual y afectiva fruto de la cual era el niño, claro está todo se basaba en sus conjeturas. Ignacio estudiaba con empeño una carrera de Administración, era ambicioso, en su mente había figuraciones de poder y dinero, veía al país del norte

como el mayor referente, la estrella fulgurante de que había hablado el humilde presidente a principios del siglo. Esperaba algún día poder instalarse allí, gozar de todas las maravillas que ofrecía la gran nación.

La amistad con Manuel y la experiencia de este en los Estados Unidos reforzaron por completo esa percepción que se fortalecía día a día en las conversaciones que tenían. Además, empezaron a compartir el consumo de la yerba que ya Manuel había experimentado, fumarla, escuchar música era ya un hábito.

Ignacio despertaba sensaciones diversas con las personas con que se relacionaba. Especialmente chocaba con otros jóvenes por su modo de ser que llegaba a fastidiar y que él no modificaba, expresiones de sus frustraciones de la infancia. Era tímido, pero superaba su inseguridad, en especial con las mujeres, abordándolas de manera inesperada, lo que le había valido más de un insulto, pero también varias amistades. No era apuesto, pero creía serlo, unos grandes ojos que decía admiraban las mujeres, cabello ensortijado y boca pequeña.

Cerca de la casa de Manuel vivía César que había incursionado como cantante en una emisora de música juvenil. Con él realizaban veladas de consumo en las que «viajaban» escuchando diversos temas que iban